

“Aquí estoy. ¡Envíame a mí!”

Versículo Clave: “Oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros? Y respondí: Aquí estoy. ¡Envíame a mí!”.
— *Isaías 6:8*

Escritura Seleccionadas: Isaías 6:1-8

El profeta Isaías recibió una extraordinaria visión y pudo entrever la escena del trono celestial. Vio a Dios Todopoderoso sentado en gloria, rodeado de los serafines y otros seres angelicales que se decían el uno al otro: “Santo, santo, santo es el Señor de los Ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”.

(Isa. 6:3) Esto enfatiza la infinita pureza de Dios y lo marca como un ser aparte. No tiene igual—es un ser separado, sin comparación, y moralmente perfecto. La tierra, aunque haya caído, aún es testigo de su transcendencia.

Isaías, continuando con la descripción de su visión, dijo: “Al sonido de sus voces se estremecieron los umbrales de las puertas y el Templo se llenó de humo. Entonces grité: “¡Ay de mí, que estoy perdido! Soy un hombre de labios impuros y vivo en medio de un pueblo de labios impuros y mis ojos han visto al Rey, al Señor de los Ejércitos”. En ese momento voló hacia mí uno de los serafines. Traía en la mano una brasa que, con unas

tenazas, había tomado del altar. Con ella me tocó los labios y me dijo: Mira, esto ha tocado tus labios; tu maldad ha sido borrada y tu pecado, perdonado”.—vss. 4-7

Nuestro Versículo Clave asevera la respuesta positiva de Isaías a la pregunta de Dios. El profeta declaró voluntariamente que proclamaría un mensaje de juicio contra los israelíes rebeldes, que como pueblo bajo pacto no obedeció con respecto a su conducta frente al Padre Celestial. Al aplicar este principio a nuestra vida de hoy, los creyentes devotos con certeza ofrecerán voluntariamente usar sus talentos para compartir la buena noticia de que pronto un reino de justicia traerá esperanza, felicidad y paz para todos.

Al considerar las lecciones generales de este estudio, aquí tenemos algunas. Siempre se debe manifestar una actitud reverente hacia el Creador y sus planes. Los creyentes no deben actuar de manera casual en su alabanza. La prontitud a la hora de asistir a reuniones espirituales, la preparación del corazón para lograr el estado meditativo apropiado, escuchar con atención en misa en lugar de permitir que la mente divague a otros temas, e incluso cantar los himnos de alabanza con fuerza y agradecimiento, contribuyen al tipo de decoro que debe evidenciarse al acercarse al Padre Celestial.

Quizás, en lugar brindar un conjunto de reglas de conducta para reverenciar a Dios, debemos considerar lo siguiente: “Todo está permitido, pero no todo es provechoso. Todo está permitido, pero no todo es constructivo. ... En conclusión, ya sea que coman o beban o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios. ... Hagan como yo, que procuro agradar a todos en todo”.—I Cor. 10:23,31,33

Hay muchas más ilustraciones específicas que demuestran qué conllevaría la reverencia a Dios. Debe-

mos buscar “primeramente el reino de Dios y su justicia”, y podemos hacerlo mediante nuestra obediencia de todas las advertencias establecidas en la Escritura por Cristo y los escritores del Nuevo Testamento. (Mat. 6:33) Que nuestro epitafio refleje el hecho de que seguimos los consejos de Santiago en 1:22 y no nos contentamos “solo con oír la palabra [...]” sino que “[La llevamos] a la práctica”.



Image© NikahGeh-stock.adobe.com